

Dimensiones de la secularización

Aecio E. Cairus

A sí como cuando nos presentan a una persona prestamos primero atención a su nombre, para familiarizarnos con el fenómeno de la secularización convendría primero hacer algunas consideraciones sobre el origen de esta expresión.

La arista emergente

El término secularización se usa desde hace siglos en el sentido de pase del dominio religioso al civil. Por ejemplo, cuando las propiedades de un monasterio pasaban a manos de un príncipe, se decía que las tierras se habían secularizado. Sólo a partir de mediados del siglo pasado el término adquiere un sentido más amplio y ominoso.

El profesor de sociología Jorge Holyoake (Gran Bretaña, 1817-1906) adoptó el vocablo secularismo para su filosofía. Preconizaba una ética puramente utilitaria, en la que la honradez es la mejor política, pero no un requerimiento divino. Inició laudables programas de acción directa en favor de las clases más pobres de su país, pero que deliberadamente se limitaban al bienestar en este mundo. En suma, Holyoake quería secularizar la moral cristiana y la caridad cristiana.

Hacia principios de nuestro siglo este movimiento filosófico y pragmático se fusionó con el humanismo positivista. A diferencia del ateísmo (que niega la existencia de Dios), o del agnosticismo (que niega la existencia de pruebas para resolver esa cuestión), este humanismo afirma que la cuestión misma es irrelevante (no tiene importancia suficiente para que nos ocupemos de ella). Lo verdaderamente relevante es lo humano: el hombre concreto con sus problemas y necesidades acuciantes.

Un ejemplo en nuestro siglo es el influyente autor Julián Huxley. En su libro *Religión sin Revelación* afirma que una creencia en lo sobrenatural ya no resulta adecuada para ocuparse de la realidad como la conocemos hoy gracias a la ciencia (p. 263). Según él, no hay otra realidad que la terrenal. Es decir, gente como Huxley en nuestra época, o

El Dr. Aecio Cairus es doctor en Teología y se desempeña como decano de la Facultad de Teología de la UAP.

Comte en el siglo pasado, quisieran secularizar la religión misma.

Este humanismo secularista se ha popularizado hoy hasta el punto en que rara vez vemos en los medios de difusión una entrevista en que se pregunte ¿cree en Dios? y en la que el entrevistado no responda creo en el hombre, creo en la bondad o algo equivalente. A veces se trata de un sentimiento auténtico de que no vale la pena ocuparse de cuestiones controvertidas cuando hay tanto por hacer frente a realidades indiscutibles. Pero la mayoría de las veces es sólo una cortada, un atajo cómodo que evita el serio análisis que una cuestión como ésta requeriría para tomar una decisión que nos comprometa personalmente. Si insistiéramos en preguntarle, tal vez nos diría que sí cree que hay un Dios. Pero eso sería todo: aparte de esa confesión, en nada se diferenciaría su vida en caso de que tuviera la convicción contraria.

Aunque esta popularidad bastaría para que nos ocupemos del humanismo secular, en realidad éste es sólo una arista del inmenso témpano de la secularización. Como los témpanos a la deriva en el océano, la parte sumergida es mucho mayor y más importante. La gran masa sumergida es una mentalidad que se expresa en las más variadas actividades de nuestros contemporáneos.

La mentalidad subyacente

Esta mentalidad se puede apreciar, entre otros aspectos, en la concepción, común entre la gente educada, de la realidad, del conocimiento, del hombre y de los valores.

La realidad presente tiende a ser identificada directamente con la realidad física. Si le contamos a nuestro vecino que hemos perdido el empleo, es muy probable que se conduele sinceramente con nuestra situación. En cambio, si le contamos que hemos perdido la fe, tal vez nos daría una palmadita cariñosa y nos diría que ya se nos va a pasar.

En cuanto a la realidad pasada, la realidad histórica, se la ve determinada absolutamente por la contingencia. Todo suceso ha sido producido por otros sucesos precedentes y se continúa en sucesos subsiguientes. De más está decir que todos estos sucesos son considerados puramente naturales. Esta mentalidad hace muy difícil recibir el mensaje del evangelio, cen-



Dr. Aecio Cairus.

trado en acontecimientos en los que Dios interviene en la historia humana y la altera definitivamente.

El conocimiento válido se lo cree constituido por datos verificables empíricamente. Mientras que la antigüedad tenía sus sabios, nuestra época admira a los expertos. La principal habilidad de estos expertos es la de acumular datos y mantenerlos actualizados. El requisito de verificación empírica es tan riguroso que algunas escuelas de pensamiento cuestionan ya, no si lo que la teología enseña es verdadero o falso, sino si es que tiene sentido hablar acerca de Dios. Por ejemplo, decir que Dios es amor no es un dato verificable empíricamente. Conocemos por experiencia muchas cosas que andan mal en el mundo. Por lo tanto, hay tantos elementos de juicio para sostener empíricamente que Dios es amor como para sostener que no lo es. Estos pensadores consideran entonces que tanto da afirmar una cosa como la otra, o no decir nada: serían expresiones vacías de todo contenido.

En lo que respecta a la concepción del hombre, está caracterizada por la autonomía y la perfectibilidad. El hombre es el dueño absoluto de su propio destino. La capacidad de la humanidad es considerada prácticamente ilimitada. Casi todos los problemas son solubles si nos dedicamos a ellos lo suficiente. Por consiguiente, cuando no aparece una solución rápida a un problema grave, por ejemplo el SIDA, muchos empiezan a sospechar que hay una conspiración para que no se solucione. Y cuando es obvio que el hombre no está capacitado para resolver un problema, por ejemplo el

de la muerte, de todos modos la respuesta se mantiene en un nivel puramente terreno. A nivel popular, prepararse para lo inevitable hoy no significa, como antaño, confesar los pecados, sino asegurar una buena herencia a la familia que nos va a sobrevivir.

Pero tal vez la característica descollante de la mentalidad secularizada es su concepción de los valores. Como Bloom lo ha destacado recientemente en su bien conocido libro, titulado en español *El Cierre de la Mente Moderna*, las actuales generaciones han sido formadas en el dogma de que todos los valores son relativos. Vez tras vez este profesor desafió a sus alumnos a presentar alguna clase de prueba para esta posición. Nadie pudo siquiera esbozar algo parecido a una justificación de la idea. No importa: que nadie se atreva a sostener absolutos si no quiere ser acusado de estrechez mental.

Los valores de la mayoría de nuestros contemporáneos son relativos y centrados en el futuro inmediato. Como nada importa en forma suprema, no hay cosa alguna por la que valga la pena sacrificarse demasiado. La frase que tan a menudo repetimos en esta institución cristiana, de que la mayor necesidad del mundo es la de hombres que no se compren ni se vendan, tan fieles al deber como la brújula al polo, que no teman dar al pecado el nombre que le corresponde y que sean capaces de mantenerse de parte de la justicia aunque se desplomen los cielos, les suena a los secularizados completamente hueca. Jamás han visto en ninguna parte alguna justicia por la que valga la pena aguantarse un derrumbe de los cielos. Esto, en el Río de la Plata, no es nuevo. Desde hace décadas, quien piense diferente es un "gil". La letra de Cambalache es un documento de nuestra secularización. Lo único nuevo es que, mientras en tiempos de Discépolo todavía se bromeaba sobre el horno donde "se vanno a encontrar", el rioplatense actual ya ni entiende bien, de momento, de qué horno estaban hablando sus predecesores.

Al centrarse en el futuro inmediato, los valores modernos han enfatizado el hedonismo, la sobrevaloración del placer. "If it feels good, do it": Si te gusta, hazlo, proclaman los cantantes de rock. Y la gratificación debe ser instantánea, ya mismo. ¿Por qué esperar? La postergación implicaría un valor mayor, algu-

na otra cosa por la que valdría la pena esperar, lo que no pueden admitir.

Y han sobrevalorado también el dinero, porque el dinero significa poder para conseguir lo que nos guste, inmediatamente. Como una especie de valor supremo, cualquier medio es bueno para procurarlo. De allí la corrupción generalizada, el pus que brota por todas partes, inclusive en órganos estatales, y que con asco tenemos que reconocer que empieza a salpicarnos. Los graffiti, tan visibles en las paredes de Buenos Aires y otras ciudades de nuestro país, promoviendo el consumo de drogas, hacen patente la vigencia de una actividad que proporciona sensaciones intensas y por la cual enormes sumas de dinero cambian de manos: todo un símbolo de los valores secularizados.

Algunas proyecciones de la secularización

Resumiendo lo dicho hasta el momento, la mentalidad secularizada ha sido descripta como naturalista (en el sentido de contraria a lo sobrenatural), pragmática, humanista y relativista.

Al procurar definir, de alguna manera, la mentalidad secularizada, lo que en realidad estamos haciendo, en la frase de Gilkey, es poniéndole nombre al huracán. Aunque esta frase me llevó a cambiar la metáfora de témpano por la de huracán, revela muy bien que definir, por más necesario que sea para comunicarnos, es sólo un primer paso. Estamos contemplando un huracán inmensamente poderoso, que afecta directamente nuestra existencia, y que nos obliga a reflexionar para tomar nuestras medidas.

Un huracán generalmente es de grandes dimensiones, aunque difíciles de precisar con exactitud. El huracán secularizante tiene un centro ideológico que tratamos de describir como una mentalidad, una concepción del mundo y de la vida. Por otro lado el torbellino puede ser observado fácilmente en diversos campos.

En las escuelas filosóficas favoritas, el existencialismo a menudo expresa el énfasis de la mentalidad secularizada en la autonomía del hombre. En la teología se puede observar el impacto secularizante del liberalismo y el modernismo. Específicamente en la eclesiología, cierto tipo de ecumenismo indiferentista hacia la doctrina denuncia una actitud relativista hacia la verdad.



En la sociedad que nos rodea se puede observar una fobia marcada hacia todo lo que huele a normas cristianas de ética. El destape pornográfico es un caso claro. Otro ejemplo actual es la actitud hacia el SIDA. Como sabemos, este síndrome constituye una enfermedad mortal incurable y comunicable de una persona a otra. Por otro lado, se trata de una enfermedad fácilmente prevenible. Para que se extinguiese, bastaría que se siguieran unas pocas normas éticas tradicionales en la religión judeo-cristiana y por lo tanto evidentemente practicables: nada de drogas, relaciones homosexuales o promiscuidad heterosexual. Pero resulta que la ética es una cuestión privada, en la que no se debe penetrar. Consecuencia: los sistemas de salud pública son sobrecargados con tratamientos prolongados, costosísimos y absolutamente sin esperanza de curación. En lugar de ilustrar sobre la verdadera prevención, se recomienda a jovencitos que no debieran ser todavía sexualmente activos que utilicen preservativos.

En el mundo de la cultura, el cientificismo es rampante. Todo lo que tenga un barniz científico, aunque sea sólo un disfraz, se hace aceptable. Aquí debiéramos hacer una pausa para tomar nota de una característica de esta mentalidad que se viene manifestando más y más en los últimos años. Las descripciones clásicas del secularismo no parecen tomarla debidamente en cuenta.

La naturalización de lo sobrenatural

Basta visitar las librerías para observar que los últimos años han visto la difusión extraordinaria de una espiritualidad interesada en los fenómenos ocultos, como clarividencia, telepatía y telequinesis, en la astrología, en el tarot y otros medios de penetrar el futuro, en naves extraterrestres, en reencarnaciones y recuerdos de vidas pasadas, en la influencia del habla sobre los vegetales, en caminatas sobre las brasas y en toda clase de fenómenos extraordinarios a menudo agrupados como característicos de una nueva era astral, la era de Acuario.

Para hacerse aceptables a la mentalidad secularizada, todos estos fenómenos fueron considerados objeto de estudio de ramas especiales de la ciencia,

En el mundo de la cultura, el cientificismo es rampante. Todo lo que tenga un barniz científico, aunque sea sólo un disfraz, se hace aceptable.

como la parapsicología. No importa que la pretendida disciplina científica esté lejos de haber desarrollado una metodología rigurosa. Hasta las revistas de divulgación científica se creen obligadas, número a número, a incorporar artículos dando cuenta de estos fenómenos con la más tenue de las justificaciones científicas.

Hace pocas semanas estalló en Gran Bretaña la verdad sobre la cereología, una pomposa ciencia que estudiaba círculos y otras figuras de cereal aplastado que aparecían en los trigales de ese y otros países. Como ustedes recordarán, dos jubilados exhibieron ante las cámaras cómo habían logrado las figuras mediante un hilo, una tablita y otros instrumentos rudimentarios. Lo importante aquí es que la cereología había establecido el origen de las figuras en intersecciones de ondas ultrasónicas e infrasónicas, una nueva forma de energía que se extendía a escala planetaria para bien de la humanidad, en la visita de naves extraterrestres, y en un sinnúmero de explicaciones similares, casi siempre cuidadosamente elaboradas con la ayuda de computadoras. De no haberse presentado ante la TV los señores Bower y Chorley con su hilo y su tablita, la pseudociencia cereológica hubiera continuado emitiendo "descubrimientos" cada vez más descabellados y sorprendentes.

Pero lejos de escarmentar, el mismo número de una revista porteña (Descubrir 1,5:42ss) que publicó el desenmascaramiento de la cereología también informaba detalladamente, con 100% más de espacio, del supuesto regreso mediante hipnosis a 84 vidas pasadas, a lo largo de milenios, de una paciente psiquiátrica que descubrió, entre otras cosas, su vida en el antiguo Egipto en términos típicos de las más baratas películas pseudohistóricas, pero que el psiquiatra considera prueba irrefutable de la realidad del fenómeno.

Todo esto sugiere que el naturalismo y cientificismo de la mentalidad secularizada debe ser tamizado cuidadosamente. No se trata de un entusiasmo por el racionalismo ni por el método riguroso de la ciencia, nada parecido a la devoción por la verdad que creía ver Huxley. Los fenómenos extraordinarios y para-

normales se transforman en naturales, casi sacramentalmente, por obra y gracia de declararlos así y de vincularlos a efectos y principios físicos que el hombre común ha oído mencionar pero de los que tiene poco conocimiento certero y riguroso.

Esta naturalización de lo sobrenatural en las pos-trimerías del segundo milenio de la era muestra al hombre secularizado fiel, no tanto a la ciencia y la razón, sino sobre todo a lo impersonal, a la operación de fuerzas ciegas y automáticas. No importa que el fenómeno sea maravilloso o anómalo, lo importante es que no haya nadie que lo origine, que sea producido por algo y no por alguien. Porque si existiese alguien detrás de lo maravilloso, entonces habría que plantearse una relación personal y significativa con tal persona. En otras palabras, una auténtica religión, que es lo que se trata de evitar a toda costa.

Tarea restante en esta jornada

Después de ponerle nombre al huracán y medir algunas de sus dimensiones, tal vez el siguiente paso apropiado sería seguir su trayectoria. Como es el caso con la mayoría de los huracanes, éste tiene una historia muy complicada.

El naturalismo impersonal podría rastrearse hasta los filósofos presocráticos, con su doctrina del origen del universo en el agua, el viento, etc. Y como agudamente señala san Pablo (Rom. 1:18-21), cuando la filosofía griega posterior se elevó, mediante rigurosos razonamientos, al concepto de un único Dios originador de lo existente, su tendencia inherente hacia lo impersonal la incapacitó para motivar a los filósofos a alabarlos, a darle gracias, a relacionarse personalmente con Él.

Otras dimensiones del torbellino, como la sociológica, pueden tener puntos de origen más cercanos. En el mundo cristiano occidental, hasta el Renacimiento, la influencia de la religión en los más variados órdenes de la vida, tales como la salud pública, la educación o el arte, era abrumadora. El hospital y la universidad fueron instituciones nacidas al abrigo de la iglesia, en la que también se requerían los servicios de los pintores y los músicos. Como consecuencia, difícilmente se hubiera podido pasar por alto la religión o hacer caso omiso de ella.

A medida que estas instituciones se fueron especializando e independizando fue disminuyendo la presencia de la religión en la vida diaria. Por un lado esto condujo a un mayor vigor y desarrollo de estas empresas y actividades, pero por el otro también creció la oportunidad para olvidar lo trascendente de la vida y para desentenderse de la normativa cristiana.

El Dr. Canale desarrollará hoy algunos aspectos de la trayectoria histórica de la secularización. Sin duda su análisis diferirá mucho, tanto en lo que abarca como en el enfoque, de la descripción de etapas de la secularización que hizo Harvey Cox, en su libro *The Secular City*. El Dr. Casali formulará observaciones a diversos aspectos de la teología secular cultivada por éste y otros autores.

La trayectoria de la secularización puede rastrearse también en las tendencias históricas del pensamiento filosófico. Este aspecto especializado estará a cargo del Lic. Allegro.

El huracán de la secularización no debiera ser imaginado como puramente destructivo. Los huracanes suelen estar relacionados con lluvias que fertilizan los campos, y a menudo se estaban haciendo esperar. Tal como lo menciona el Dr. Oosterwald en su descripción del proceso de secularización, se liberan en él fuerzas positivas tanto como negativas. Esta ambigüedad se corresponde con una matizada actitud del evangelio de Juan hacia el mundo (que en latín se puede expresar, entre otros términos, como *saeculus*, el origen de la palabra secular). Esperamos así que el conjunto de las exposiciones dilucide los interrogantes, aclare las cuestiones, establezca principios orientadores y guíe en su aplicación al desarrollar la misión cristiana a un mundo cada vez más secularizado. Estas observaciones introductorias solamente han tenido el propósito de servir como puntapié inicial a la reflexión. ✍